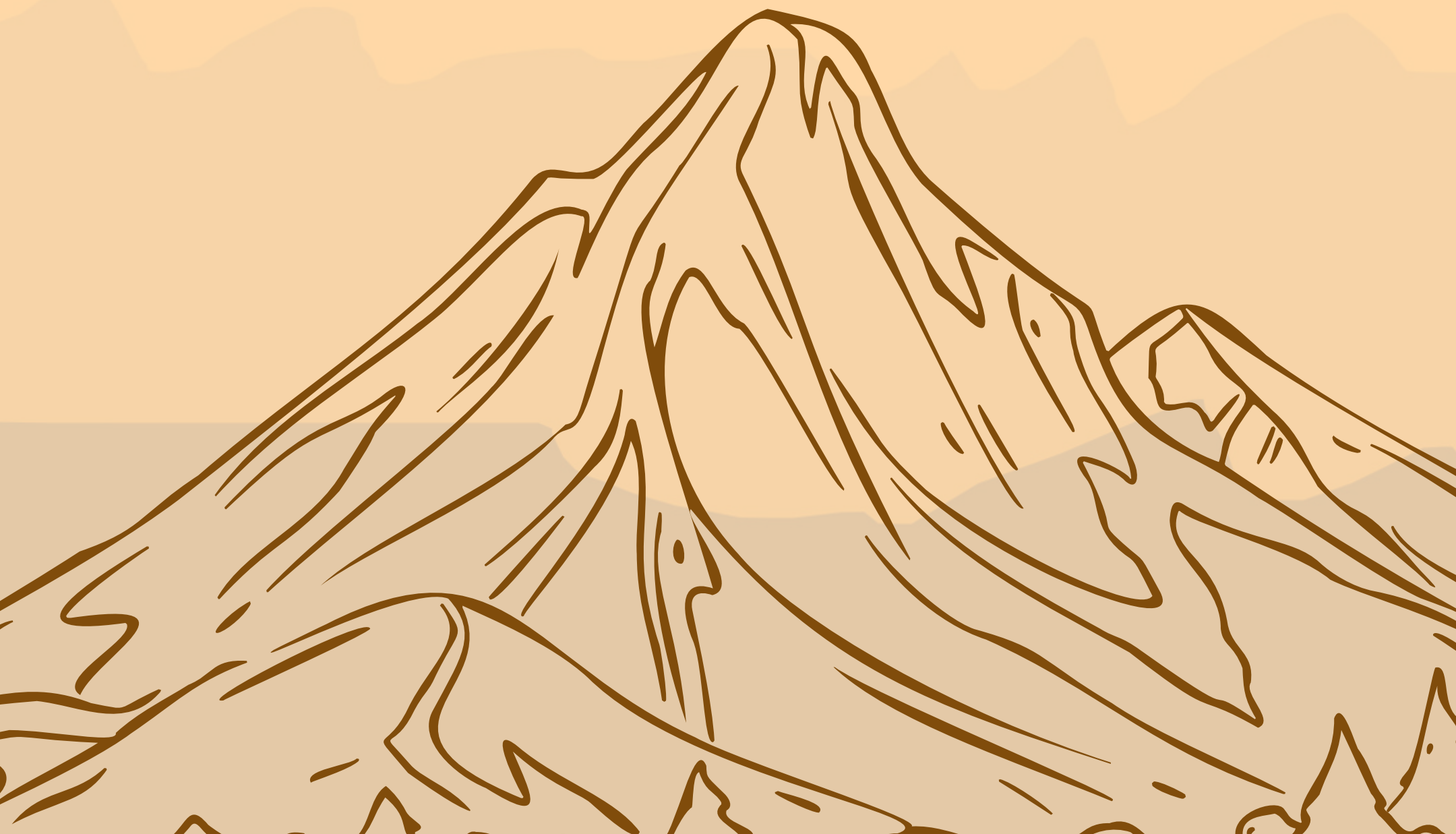


# SUEÑOS MONUMETALES

Fatima GalBos

El sol me llama y es menester que atienda a su llamado, tal como mis padres lo atendieron en su peregrinación final.

Su voz se ha hecho cada vez más fuerte en las últimas decenas de siglos, siglos plagados de gritos que me llegan cual susurros.



Son pájaros de caótico cantar,  
insaciable de hacerse escuchar  
por sobre la música de las  
estrellas; una tarea que a pesar  
de infructuosa me colma de  
curiosidad en los días más  
perezosos.



En algún tiempo, allá, perdido en  
el horizonte del recuerdo, sus  
lenguas intentaron nombrar a mi  
gente. *Khuanharí* nos decían los  
tarascos.

*Quenametzin* fuimos para los  
nahuas, y acostados, o *Bokam-  
Tam*, eran los cuerpos  
durmientes de nuestros difuntos  
para los tepehuanes.

Ahora, y muy a pesar de nuestra estatura que arrojaría insondables sombras sobre sus cabezas, ocupamos poco espacio en sus corazones.

Mismos corazones que han dejado de cantar. Sus cánticos han sucumbido ante cacofonías de su propio artífice que los sumergen en un letargo más profundo que las cuevas que he habitado durante buena parte de mi vida.



Su barullo no llega realmente a mis oídos; todo lo contrario. Conozco de él porque percibo ese silencio que antes era canto.

Sé que sus ínfimos corazones no se hacen escuchar por sobre los ruidos exteriores, tanto que ellos, a su vez, no pueden escuchar la música estelar.

Apenas si perciben las melodías monumentales del sol con el que este mundo danza. Aquellos ritmos que hacen estremecer hasta mis fibras más endurecidas, no son más que un murmullo para "*los diminutos*".



Reconozco este pensamiento por lo que es: un ejercicio fútil, un pobre divertimento de un viejo moribundo.

Quizá me dejo llevar por la corriente de semejantes ponderaciones porque secretamente desearía una excusa para azotar la tierra una vez más; hacerla temblar desde lo más profundo, ver edificios derrumbarse por última ocasión, abrir mis venas y dejar que corra lava ardiente.




No, esos días han quedado en el pasado. Es tiempo de atender al llamado.

Por eso he emergido de entre los peñascos. Puedo sentir mis rodillas que comienzan a sucumbir ante los tremebundos acordes solares. Cada paso que doy las endurece, pero no debo claudicar.

En este, mi último andar, encontraré un buen lugar para contemplar las siluetas de mis ancestros, y ahí he de dormir.

Al tiempo que el sol clama por mi mortalidad, como es la costumbre de mi pueblo, como ha sido desde los albores de la tierra, posaré la mirada en los sacerdotes que cayeron en batalla, en los reyes que prefirieron la muerte antes que el exilio, en los guerreros que protegieron al valle, y dejaré que el astro me bañe, me envuelva y me arrulle.

Aquí caeré en el sueño entre sueños, donde comulgaré con otros astros. Quizá escuche algunos murmullos diminutos de los cuales alguno dirá: ahí yace un acostado. 



***Sueños monumentales*** está inspirado en las leyendas sobre gigantes que abundan en el estado de Aguascalientes.

Desde tiempos prehispánicos, la existencia de gigantes se daba por sentado a lo largo de Mesoamérica, y fue después relatada como un hecho a los frailes franciscanos que buscaban recolectar el conocimiento de los pueblos nativos.

Si se trata de una realidad ancestral o de una alegoría de las montañas, lo cierto es que al día de hoy, imaginamos siluetas humanas en las cordilleras y peñascos.

En esta historia quise ponerme en los zapatos de un gigante que, olvidado por la civilización moderna, ha decidido dormir y convertirse en uno más de "los acostados".

Fatima GalBos  
para Exquisitas Letras